



Hugo Rodríguez Alcalá

La casa en la montaña

Índice

Hugo Rodríguez Alcalá: Exiliado del tiempo

- I -

La casa en la montaña
A una casa en el sur de California
Al pie de la montaña
Proyecto de poema
Entre usted en la casa...
La casa
La casa de los duendes
Los cantos de la casa
Jacaranda en California

- II -

Moradores de la montaña
Zorros plateados
La virgen de oro o el regreso de Atalanta
Esperando a los zorros plateados
Mañanas de la llanura, mañanas de la montaña
Amores en la montaña
Apostasía en la montaña
La musa terrible
Las dos gigantas

- III -

Sobre quienes ya se han ido
El padre y el hijo: una instantánea
La larga espera
Abuelos victorianos
Cuando los muertos no parecen muertos...
Lo inalcanzable
La visitante
La durmiente
- IV -
Último amor y otros amores
Último amor
La rosa escarlata
A una mujer muy blanca
Tanto gentile e tanto onesta...
El fuego
Sueños
Majita desnuda
- V -
Un pueblo y otros pueblos
Lázaro Montiel regresa al pueblo
Dijo el Juez de Paz Lázaro Montiel
El pueblo
Areguá
La casa del cielo
Génesis del poema
Alquimia del verso
Mes de junio en California
Primer recuerdo
El pueblo y su arroyo
Berro de Areguá
La reina de Villa Rica
- VI -
Poemas de Asunción
Despertar en primavera
En agosto de mil novecientos...
Crepúsculos de antaño
Asunción, 1908
El triciclo en el patio
Verso a verso el pasado y el presente
La lluvia y el lago
El tajamar del parque
Iglesia y plaza de San Roque
El árbol de oro
San Roque en la iglesia de San Roque

Índice alfabético

Al contemplarla -ya antes de ser mía
Antes de la amanecida

Brilla la aurora ya en el cielo oscuro
Calles calladas de Asunción de antaño
Cuando los muertos no parecen muertos
Cuando regreso a la casa
Cuanto más exquisita la Princesa
El año es el año mil
El berro que flotaba, que crecía,
El caballero y el adolescente
El corredor termina donde se alza
Ella, veinte años en flor
El Oratorio, sin revoque entonces,
En el centro del patio cavé un hoyo
Entra la tarde en la noche
Entran, primaverales, mil reflejos
Entre usted en la casa, vea esas palmas,
Eran las dos de la tarde
Es fama que son sus pies
Están allí callados y abstraídos
Esta plaza tiene iglesia
Idénticas son las dos
¡Ay, si pudiera recobrar mi nido!
¡Casa de Villarrica simple y fresca
¡Cómo se va mi corazón al tuyo
¡Esto de estar en ti, en tus treinta días
¡Los estímulos son tan misteriosos
¡Oh modestia gentil de su figura!
La calle principal (como la sueña
La casa del Sur reluce
La hermosa niña soñaba
«Queridos compueblanos:
La Reina de Villa Rica
Las mañanas de mi pueblo
Lo cruza de arriba abajo
Lo sueño, lo entresueño, lo persigo.
Mansa es la lluvia. Las calles
Más ágil era que un pájaro
Mi verso, servidor de mi albedrío,
Nadie ha de sospechar cuánto la extraño
Preguntaba a menudo la extranjera:
Primero fue la lluvia.
Protege su carne rosa
Quien no ha vivido al pie de una montaña
Quiso ella verla, verla a treinta años
Rápido el paso, la melena al viento,
San Roque junto a su perro
Sospecho que los hombres que te amaron
Tema:
Una fuente habitaban
Un pueblo de Misiones limpio y blanco
Yo estoy, estaba, he de estar, siempre he estado

Hugo Rodríguez Alcalá: Exiliado del tiempo

I

No hace mucho tiempo tuve el placer de leer uno de los más recientes libros poéticos de Hugo Rodríguez-Alcalá, *Palabras en los días*. De aquella primera lectura conservo una atmósfera gratisima, hecha de mediodías y parras, de soles e higueras, de patios, evocaciones y brillos que el tiempo no venció. Ese mundo sensual y como dormido que es la infancia recordada del poeta -materia de *Palabras...* y de otros poemas del autor- me captó al instante, sumergiéndome en sus estampas de una infancia que, a fuerza de personal, de ser la infancia del poeta Hugo Rodríguez-Alcalá, se erigía en imagen de la infancia. Si me viera obligado a cifrar en pocos ejemplos aquella faceta del libro que más caló en mi sensibilidad en dicha primera lectura, citaría los siguientes versos:

La higuera abrillantada, con hormigas
ciegas de sol y hambrientas, por sus ramas.

En la tierra bermeja, reventones,
yacen higos maduros casi negros.

Una lectura más reciente del libro de H. Rodríguez Alcalá, me ha permitido apreciar en sus versos la presencia de un tema nuevo con respecto a la poesía anterior de este autor; un tema que se repite, además, en su libro último de inminente publicación, *El Portón invisible*. Quizá convenga, para entendernos desde ahora, llamar a este nuevo tema «el exilio del tiempo». En esta denominación confluyen los dos elementos que articula dicho tema: el sentimiento de -6- ser un exiliado de la juventud, y el presentimiento de la propia muerte que ya se otea en el horizonte y que trae consigo un exilio más inquebrantable que los que el poeta había atravesado hasta ahora: el exilio de la vida.

En un bello artículo sobre la poesía de H. Rodríguez Alcalá, Celia Correas de Zapata insiste en la importancia del tema del exilio en dicha poesía. Augusto Roa Bastos, novelista y paisano de Rodríguez-Alcalá, ya había

escrito en el «Apunte liminar» que encabeza a Palabras...: «Con Heriberto Fernández y Rubén Bareiro Saguier, Hugo Rodríguez-Alcalá formaría la tríada de los nostálgicos de la tierra perdida» (p. 12). Ambos autores -Correas de Zapata y Roa Bastos- se refieren al exilio de la patria que los citados escritores han sufrido y que ha marcado sus obras. En Palabras de los días este exilio de la patria pasa a segundo término, quedando relegado por la presencia de ese otro exilio del tiempo al que aludí antes. Repárese en la cita que sirve de epígrafe al libro: «That is no country for old men...»; «esa no es tierra para viejos», escribe Yeats. Conviene recordar la posición del poeta irlandés frente al paso de los años. Luis Cernuda escribió al respecto: «La vejez, el hecho de envejecer, producía en Yeats un despecho, una rabia que acaso ningún poeta haya expresado antes que él. No se trata de lamentos sentimentales del género de «Juventud, divino tesoro», sino de un furor impotente que en Yeats encontró expresión acendrada (cosa rara, que pocos hombres, o ninguno, sientan el ultraje que es la vejez)». Ni Yeats, ni Cernuda, se dejan consolar por los elogios a la vejez, los De senectute ciceronianos. Tampoco Hugo Rodríguez-Alcalá. Sin embargo, a diferencia del poeta irlandés y del poeta español, H. Rodríguez-Alcalá no manifiesta en sus versos una rabia feroz contra la vejez. Ante el espectáculo de su propia entrada en esta ausencia de patria, de tierra, que es la vejez, el poeta opta por volverse -7- con ansiedad sensual y melancólica hacia el país de la infancia, aferrándose con todo su sentir, a esos recuerdos de soles y parras, tratando de resucitarlos. Con éxito, en el maravilloso marco del poema:

Con un rumor de insecto sobre el mármol
fulge el reloj de plata. El mundo es nuevo:

ha renacido mi niñez intacta
en el cristal de la pequeña esfera.

(p. 75)

La infancia. Según Sábato, un país no es sino el paisaje de la infancia. Exiliado desde 1947 del Paraguay, su patria, y próximo a un nuevo exilio (la vejez, «There is no country for old men...»), el poeta pugna por romper el primer exilio, el de la patria, a través del recuerdo de la infancia (la verdadera patria, según Sábato). He aquí la confluencia de los dos exilios que acosan al poeta, y el sentido de Palabras de los días: libro que clama contra la vejez a fuerza de rescatar la infancia:

Si pudieras pintar ese retrato

con las palabras justas,
estarías allí, en la vieja casa,
vencedor de tu exilio y, para siempre,
con tu tiempo mejor recuperado.

La muerte. Ese blanco desierto ilimitado -según el verso de Cernuda- en el que desemboca la vejez, surge también, inevitablemente, en Palabras... En el poema titulado «Entre dos orillas», el poeta se encuentra con su hermano muerto, y escribe: «Ese semblante se parece al mío» (p. 64). Indirectamente, con miedo casi a nombrarla, el poeta está aludiendo a su propia muerte. Valor de eco, o de proyección, -8- según querramos mirarlo, tiene asimismo la serie «Personas y lugares», cada uno de cuyos poemas alude a la muerte. Pero, ¿qué es la muerte? Cernuda se decía:

Si morir fuera esto,
un recordar tranquilo de la vida,
un contemplar sereno de las cosas,
cuán dichosa la muerte,
rescatando el pasado,
para soñarlo a solas cuando libre,
para pensarlo tal presente eterno
como si un pensamiento valiese más que el
mundo.

Y Hugo Rodríguez-Alcalá, en el citado poema «Reloj de plata», tras los versos en que el recuerdo de la infancia se erige, vencedor del tiempo, se pregunta:

Señor, ¿hay otra vida
para el hombre mortal tras de su muerte

o es la vida vivida la que dura
en trasmundo distante, incorruptible,

y nuestra muerte es el principio de una
recordación eterna de la vida?

La vejez, la muerte. Exilio de la juventud, exilio de la vida. Exilio del tiempo. Hugo Rodríguez-Alcalá, exiliado de su patria, se siente ahora en Palabras... exiliado del tiempo.

Volverse a la infancia es una solución, don que el poeta sabe aprovechar e intensificar, como el amor, mejor quizá que los demás hombres. Y mientras tanto: el poema. Dije que H. Rodríguez-Alcalá no se desata, como Yeats y -9- Cernuda, en improperios contra la vejez. Bueno, a veces sí; a veces al poeta se le escapa un amargo reproche contra ese enemigo invisible que le roe. Hay en Palabras... un poema, un hermoso poema, que dice así:

(En el patio, en la huerta, en todas partes,
abril, alborotando, retozando,
continúa, el jolgorio).
-¡Abril, cómo hoy me duele
verte tan juvenil cuando envejezco!

(p. 74)

II

Palabras de los días, publicado en 1972, reúne poemas que van desde 1962 hasta 1970. Los poemas que componen El Portón invisible han sido escritos en su mayor parte entre 1968 y 1977. Ambos libros representan un periodo muy particular dentro de la poesía de H. Rodríguez-Alcalá. Un periodo dominado por el tema, casi obsesivo, de la infancia. En Palabras de los días, como ya dije, el poeta se vuelve hacia la infancia empujado, en cierto modo, por el espectáculo de la fuga de su propia juventud. Así comienza una aventura lírica que lleva el sello de la eternidad. Esta vuelta al origen como reacción contra el paso del tiempo constituye el primer momento de dicha aventura. Acosado por el fantasma de la vejez, el poeta se deja arrastrar en una especulación sobre la muerte, sobre una muerte que poco a poco, ante la sorpresa del propio autor, va adquiriendo los perfiles de su propia muerte («Ese semblante se parece al mío»). Uno no puede sustraerse al recuerdo de Edipo y de su obstinada búsqueda del asesino del rey, de un asesino anónimo que termina por cobrar la figura del propio Edipo. Dicha especulación marca el segundo momento. El tercero viene dado por la primera parte de El Portón invisible. En estos poemas, tras el anterior -10- desvío, el poeta regresa al mundo mágico, intemporal, de su infancia, para recrearla y recrearse en sus aguas, en

esas aguas que aseguran la eterna juventud. El poeta ya ha visto la muerte, ya se ha asomado a ese abismo blanco, pura ausencia de instantes. Ya es un poco como Lázaro. Y como Lázaro, regresa a la vida. ¿A qué momento de ésta? Viniendo de la Nada, ¿a cuál otra podría regresar, sino a la infancia, a la primera eternidad?:

... Deja abierto

el antiguo portón ahora invisible.
Yo habré de entrar para quedarme a solas

en el patio, mirando a todos lados,
marchando de puntillas hacía el fondo...

Si en Palabras... el autor disponía los elementos y los lugares que habrían de componer el maravilloso retablo de su infancia provinciana, en El Portón... se demora en nombrarlos, y repite una y otra vez esa parra, ese patio, aquella higuera... entregado a su tarea como un virtuoso artesano que ensaya y ensaya, absorto en su búsqueda del fragmento ideal:

Lo sueño, lo entresueño, lo persigo.
Para su acceso no hay más que el recuerdo.

Un ejemplo de esta insistencia, de esa morosidad: la parra, los sucesivos versos en que el autor nombra, canta, define, a este elemento de su infancia, que llega a adquirir categoría de símbolo. Vale la pena citarlos, aunque sólo sea por su belleza:

-11-

La casa de la parra prodigiosa
de racimos que asedian los insectos,

sombra con su opulencia de racimos
reventones de miel cada verano
¡frescura de los pámpanos,
racimos de uvas blancas!

Inmenso ser viviente de alma verde,
veo cubrir la parra los dos patios,

que lustra los sarmientos de la parra
y a las uvas convierte en yemas rojas.

En su ubérrima parra los racimos
fueron la miel de todos los veranos, (etc.)

Todas estas variaciones sobre un mismo tema, metamorfosis inagotable de un recuerdo, consiguen crear en el lector el efecto prodigioso de ese mundo transvasado en el sentir del poeta. Y es dicho sentir, hecho arte, el que rescata a la parra de la fuga de las horas: «Ella, en mis sueños, sigue siendo mía...».

Surge así en *El Portón invisible* todo un mundo de la infancia en un marco rural y provinciano. El lector español piensa en Azorín, en Machado, en Cernuda, en tantos autores que dieron forma a ese instante, hechizados por su brillo intemporal. Manuel Mantero, el poeta sevillano, comentó así estos poemas: «Hay en sus poemas «Elegía» y «El escenario», algo como un aire de sueño, como una mitología de la infancia, con sus personajes -dioses y héroes-; un patriarca anciano, su esposa, las hijas, los criados... Ese mundo que tan bien describe -con alma- es el que yo viví también allá en la provincia de Sevilla. El cielo azul, las -12- muchachas «misteriosas» (¡ay, entonces!); las campanas, las palomas, los caballos, los tíos conversando en la esquina sombreada. Yo me instalo en ese mundo, mío y de todos porque es lo efímero no pasando del todo». La vuelta a la infancia suscita, cómo no, el acento elegíaco. Las citas de autores italianos con que se inician varios poemas son suficientemente expresivas y sitúan al lector, de entrada, en la cuerda emocional propia al sentir de dichos poemas: «Ma quel giorno non torna»: «Mas aquel día no vuelve», escribe Cesare Pavese. Y Pasolini: «Ah non e piu per me questa bellezza». («Ay, ya no es más para mí esta belleza»). Acento elegíaco que provoca a su vez un deseo ciego de revivir -no fuese más que por un instante- ese sentirse unido a la creación entera, esa sensación de eternidad que sólo en la infancia gozamos:

¡Y vivir otra vez, en un minuto
la plenitud de un día de esos años!

En este mismo sentido deben ser leídos esos versos en que el poeta proclama la eternidad de su infancia: eternidad de lo que un día fue:

Por eso en ese patio, eternamente,
estaba, estoy, y habré de estar jugando.

Como escribe el propio autor, el sabor que dejan estos versos, el sentimiento que suscitan, es quizás eso que resuena en la palabra «añoranza». Una última nota sobre estos poemas. Al hablar de Palabras de los días, subrayé que es la proximidad de la muerte la que despierta en el poeta los recuerdos de su infancia. Pues bien, hay en El Portón invisible un poema -biografía en verso de un emigrante-, en el que se dice:

-13-

Sólo antes de su muerte, un mediodía,
habló de su niñez, triste y nostálgico.

(Don Manuel, el Patriarca)

III

En El Portón... se pueden distinguir, creo, tres partes bastante distintas entre sí. Una, formada por los poemas de la infancia, ya comentados. Otra, por aquellos cuyo tema es el canto a la mujer (en los que se percibe el eco de Verrà la morte de Pavese), ciertas visiones que tienen algo del sueño, del pasado y de la muerte, y que hacen pensar en los pueblos fantasmales de Juan Rulfo («La casa», «Nocturno»...).

Hay, no obstante lo dicho en sentido contrario, un rasgo común que une a las tres partes: la sed de eternidad. Evidente en los poemas que tienen por motivo el rescate del mundo mágico de la infancia, impregna asimismo el resto de los poemas.

En la segunda parte -la más heterogénea-, el canto a la mujer tiende a destacar en ésta lo que podríamos llamar el lado metafísico de la carne: el acto de unión con la mujer supone para el poeta la unión, la reconciliación, con el universo entero. El acto amoroso resulta ser así la sustitución de la armonía de la infancia; durante ese instante de la unión de los cuerpos, el poeta y su amada son uno con el cosmos, y el tiempo se

borra diluido en «un viento rojo, un suspirar de brisa». De aquí el afán de fusión con la mujer manifestado por el poeta; de fusión y de perpetuación:

Una mujer en llamas, toda llamas;
pero una sola, sí, que queme, incendie,
¡y en este sol de carne hacer mi carne!

-14-

En cuanto a las estampas del presente. El poeta aspira a eternizar ese instante en el que la realidad le libra su belleza: «El día urge a la inmortalidad. A veces ocurre que esa contemplación del presente conduce al poeta a recordar su infancia:

El día se parece
a algunos días mágicos de antaño
tanto más bellos cuanto más lejanos.

Algunos de estos poemas -como «Vislumbre», «Desayuno en la terraza»- señalan una influencia de la manera cortada, impresionista, un tanto forzada, de Jorge Guillén. Son, por cierto, unos poemas extraños -en cuanto a la dicción del verso- dentro de este periodo de la poesía de H. Rodríguez-Alcalá. Acostumbrado a la fluidez de su verso, el lector es detenido por este cambio un poco brusco en la tónica del libro. Quizá sea ésta la misión que el poeta ha querido darles situándolos en la mitad del conjunto: la de frenar, la de obligarnos a mirar ahora -tras el vuelo melodioso a la infancia- esa realidad no menos maravillosa que está ahí y ahora, esa

Clara Belleza
sin
caducidad
(Vislumbre)

Universidad de Almería, Facultad de Humanidades Cañada de San Urbano,
Almería.
Emilio Barón

-[15]-

- I -

La casa en la montaña

-[16]- -17-

A una casa en el sur de California

A Víctor y Dirma Carugati

Al contemplarla -ya antes de ser mía
tranquila y blanca con sus dos palmeras
y sus huertos en flor, me parecía
atesorar en sí sus primaveras.

En los taludes, flores escarlata; 5
en los rosales, rosas amarillas,
y el limonero, rico en oro y plata
exhibiendo sus mudas maravillas.

Había en mí el extraño sentimiento
de un reencuentro amoroso; yo sabía 10
que ya esa casa me pertenecía
de muy antiguo, en el presentimiento.

Al pie de la montaña -¡tan discreta
en su enorme silencio pensativo!-
la casa donde hoy vivo, donde escribo, 15
es un cumplido sueño de poeta.

El ventanal abierto a la hermosura
de un panorama de égloga, renueva
para mí, cada día, la pintura
de la eterna montaña siempre nueva. 20

¡Oh casa de las próceres palmeras,
de huertos y taludes florecidos,
en cuyas deslumbrantes primaveras
hallé la paz, la paz y sus olvidos!
¡Hoy que debo emprender un largo viaje, 25
un viaje tal vez definitivo,
quiero llevar conmigo este paisaje,
estos huertos, la sala donde escribo
y esta paz en que vivo y me desvivo!

California, 1982.

Al pie de la montaña

La casa del Sur reluce
sobre una altura arbolada.
En sus cinco patios crecen
miles de exóticas plantas.

No es loma la tierra fértil 5
que la sostiene y ensalza:
ella se alza en la fornida
ladera de una montaña.

Dos palmeras gigantescas
a su vera montan guardia, 10
y ella, la casa, sonrío
sabiéndose bien guardada.

Los patios le brindan flores
de variado color, muy raras,
que al venir la noche cierran 15
sus corolas hechizadas.

Mucho viven estas flores,
¡quién sabe cuántas semanas:
cerrándose cada noche
y abriéndose a la mañana! 20

-20-

El limonero perfuma
todo cubierto de nácar.
Palomas revolotean
sobre el techo de pizarra:

tienen sus nidos ocultos 25
en huecos de la fachada.
Los ventanales reflejan
luces de coches que pasan.

Orgullosa de su verde
el pino exhibe sus ramas: 30
en ellas también hay nidos
de sinsontes y calandrias.

La casa, como sus flores,
de noche está clausurada;
pero de día contempla 35
con arrobos a la montaña.

Apenas brilla la aurora
cada flor mira a la casa;
y la casa las bendice
con una quieta mirada. 40

-21-

La casa, a veces, parece
ascender a la montaña
cuando la niebla esfumina
el perfil de su fachada.

¿Qué aguardan los cinco patios 45
que circundan esta casa,
y qué aguarda ella que bajen
de allá arriba, por la falda,

cuando apenas amanece
y es aún la luz escasa? 50
Allá arriba hay hondas cuevas
y fuentes de limpias aguas:

finos zorros plateados
tienen guarida entre zarzas.
(Más que zorros, son los duendes 55
que embrujan a la montaña).

La casa y sus cinco patios
se estremecen en el alba
si ven bajar a los zorros
todos vestidos de plata. 60

Mayo, 1995.

-22-

Proyecto de poema 1

Un poème c'est bien peu de chose...
R. Queneau

Tema:
mi madre en la casona vieja,
entre las cuatro y cinco de la tarde.

Que se la pueda ver a sus ochenta
y tantos años, pulcra y sosegada, 5
leyendo en su sillón del corredor.

Que el corredor se haga imaginable:
largo, con sus baldosas coloradas
y las que han sido más o menos blancas.

Que, como fondo, el patio sea intuible 10
con las palmas, la parra, el jazminero,
y el aljibe en el centro.

No abusar de detalles:
lo esencial es la dueña de la casa
leyendo en su sillón.
Rostro moreno, 15
hermoso todavía,
capaz

de la alegría más vivaz
como de la tristeza
más discreta. 20

-23-

El cabello rizado, todo blanco.
El aire de la patria, dulce y ácido,
ha de sentirse en torno a su figura.

Y no olvidar:
que a pocos pasos de ella 25
brinquen y píen cuatro o cinco audaces
gorriones, reclamando
las migajas rituales de la tarde.

Si pudieras pintar ese retrato
con las palabras justas, 30
estarías allí, en la vieja casa,
vencedor de tu exilio y, para siempre,
con tu tiempo mejor recuperado.

Mayo-junio, 1970.

-24-

Entre usted en la casa...

Entre usted en la casa, vea esas palmas,
esas de finos, variados troncos,

troncos pulidos con anillos claros
que ufanos blanden abanicos verdes.
Alce la vista de lo verde; expláyela 5
sobre ese largo corredor: es alto

y es ancho, con pilares bien erguidos
de sobrios capiteles.

En ese corredor pavimentado
de antiguas losas que, enceradas, brillan, 10

usted podría ver lo inesperado.
Mire a su izquierda ahora, mire al patio.

¿Ve el jazminero umbrío? Por sí solo
es un jardín de innumerables flores
cuyo blanco perfume sube al cielo, 15
fresco sahumero que embalsama el patio.

¿Y la parra, la parra con techumbre
de pámpanos que el sol, viril, traspasa

-25-

a la hora del cenit, tejiendo encajes
de tibia luz sobre baldosas viejas 20
que hoy no son ni celestes ni rosadas?
Fíjese bien usted en este cuadro

que merece atención: ¿ve allí, en el centro,
ese duro cilindro, coronado

de un artístico adorno de metal, 25
del que pende, hoy callada, la roldana?

Es un aljibe de aguas llovedizas
en las que giran pececillos de oro.
La parra, el jazminero y ese aljibe,
con las lucientes palmas, 30

están perpetuamente dialogando.
Sólo interrumpen el coloquio cuando

una niña, hace tiempo fallecida,

asómase al brocal, mira hacia adentro.

(Súbitamente ha aparecido). Y dice: 35
«¡Hay todavía pececillos! Gracias.

La casa es la de siempre». Y cuando ella
desaparece tal como ha venido,

las palmas y la parra y el aljibe
reanudan, sin palabras, el coloquio. 40

-26-

Llegan entonces gorriones rápidos
ansiosos del festín, vieja costumbre.

Y pasa ahora lo que siempre pasa
sin que nadie lo vea ni lo sienta:

calladamente por la galería, 45
una dama de blanco, casi niebla,

llega hasta el patio y de sus manos vierte
migajas rituales, favoritas

de pájaros asiduos,
hace ya muchos años, muchos, tantos, 50
que el mismo aljibe no recuerda cuántos.

Octubre, 1995.

-27-

La casa

A Demetrio y María Luisa Ayala

Yo estoy, estaba, he de estar, siempre he estado
en esa soñadora, dulce casa,
en donde el tiempo, quieto allí, no pasa,
sino perdura como eternizado.

En mi niñez feliz, nunca he gozado 5
de días como días de esa casa,
en que el gozo las horas acompasa
como si uno estuviera allí embrujado.

Cuando contemplo su fotografía
ya anticuada, ya sepia, pero hermosa, 10
me conmueve su larga galería

y recupero mi niñez dichosa,
mecido en ancha hamaca cadenciosa,
todo inocencia y todo fantasía.

Mayo, 1989.

-28-

La casa de los duendes

A Stella Blanco Sánchez de Saguier

Quien no ha vivido al pie de una montaña
como aquella montaña azul y verde,

y en una casa como aquella casa,
en la que el tiempo, deliciosamente

se arremansa en mañanas como siglos 5
de aire delgado y de fulgor celeste;

una casa con duendes en los patios,
a los que en albas en que faltan duendes,

descienden en parejas, misteriosos,
delgados zorros de plateadas pieles; 10

quien no ha vivido allí sintiendo el beso
de la altura bajar sobre su frente

en claras noches de estrellado seno,
no sabe qué es vivir en paz; no sabe
¡no sabe qué es vivir, sencillamente! 15

Mayo, 1985.

-29-

Los cantos de la casa

A Yula Riquelme de Molinas

El corredor termina donde se alza
la escalera que ofrece tres peldaños
para acceder al fondo de la casa.

Un tibio sol de octubre incendia el patio
que en dorados y verdes resplandores 5
acoge la visita de los pájaros.

Llegan gorriones grises, benteveos
más amarillos que su agudo canto,
y arman un alboroto de gorjeos.

Una voz juvenil modula un tango 10
repetiendo una misma melodía
de no se sabe qué doliente caso.

Chirría la roldana del aljibe
bajo el brillante toldo de los pámpanos,
y allí, en la oscura y clara superficie 15

del agua subterránea, suena el sordo
golpe del balde, ansioso de frescura.
Se oye la triste voz, de allá, del fondo

-30-

de la casa, y el largo corredor
tiembla con la nostalgia de aquel aire: 20

¡Caminito que todas las tardes
feliz recorría cantando mi amor!

Febrero, 1988.

-31-

Jacaranda en California

Cuando regreso a la casa
y lo columbro de lejos,
todo vestido de gala
y enamorado del viento,

con el lila de sus ramos 5
tembloroso de deseo,
se me figura impaciente,
como si fuera un velero
queriendo soltar amarras
y navegar por el cielo. 10

Bajo del coche y avanzo
por la escalera de piedra,
y a su vera me detengo
para admirar su belleza.

Y él se me antoja que inclina 15
su copa de primavera
y que a mis pies, saludando,
vierte sus flores más tiernas.

1979.

- II -

Moradores de la montaña

Zorros plateados

A Roque González Salazar

Preguntaba a menudo la extranjera:
-¿Ha visto usted los zorros plateados?
La vecina muy vieja cuyos ojos
verdes serían en sus verdes años.

-No -respondía yo. -De la montaña 5
bajan liebres, conejos y lagartos;
bajan también coyotes que no he visto,
y los topos que ahuecan nuestros patios.-

-¿Pero no ha visto usted los zorros? -insistía.
Y yo, alzando la vista hacia los pájaros 10
que en parvadas oscuras acudían
a estremecer la paz de nuestro barrio,

respondía: -Esos zorros existen en su mente.
Usted los sueña. Siga usted soñándolos.
Nadie los vio jamás en las laderas 15
ni en las cumbres. Acaso algún sonámbulo

de los que suben por torcidas sendas
en la noche, hacia picos escarpados,
creyó atisbarlos en los matorrales
y sólo vio visiones de borracho... - 20

La extranjera mirábame a los ojos:
yo advertía en los suyos un chispazo
de su lejana juventud, un brillo
entre irónico, alegre y apenado.

Y aconteció que una mañana, un día 25
de inolvidable luz de sol temprano,
miré hacia el sitio donde se alza el pino
junto al muro encendido de geranios,

y de pronto los vi, pareja mágica:
él, delante, ella atrás, ágiles, rápidos, 30
pasar todo a lo largo, sobre el muro,
con su lujoso traje plateado:

ambos lumbre y amor, visión furtiva
de la montaña, en albas de verano...

Noviembre, 1983.

-37-

La virgen de oro o el regreso de Atalanta

(A renowned and swift-footed huntress...)

Es fama que son sus pies
más veloces que dos alas;
al correr se hace invisible
como una flecha que pasa.

«Es más que mujer la virgen» 5
-se asegura en la montaña-
«Todo es áureo en su figura:
todo, el brillo de su cara,
el esplendor de sus pechos,
sus fugaces piernas largas, 10
sus castos brazos de virgen
y la lumbre de alborada

que incendia su cabellera
llameante a sus espaldas». Reina de toda la selva 15
que enverdece la montaña,

ella, la gran cazadora,
que lleva flechas de plata
ansiosas de dispararse,
resonantes en la aljaba. 20

-38-

No hay fieras que le hagan frente;
todas huyen espantadas
si la ven, vertiginosa,
en correrías de caza.

Cuando se quita la túnica 25
para bañarse en las aguas
de su fuente, su belleza
resplandece como un ascua
que pone el agua de oro
de puro maravillada. 30

Han venido pretendientes
de muy remotas comarcas
y a todos ha desdeñado
su virginidad huraña.

El jabalí sanguinario 35
trajo el pánico a la selva.
Muchos valientes murieron
aplastados por la fiera.
Entonces la virgen de oro
con un solo par de flechas 40
hizo del monstruo un cadáver
bañado en su sangre negra.

Julio, 1995.

-39-

Esperando a los zorros plateados

Cheveux et gorge au vent...

Baudelaire.

Antes de la amanecida
los esperaba en el patio.
Los dos vendrían, lucientes,
con ágil y mudo paso.

La primavera en el cielo, 5
floración de lirios blancos,
resplandecía, latiendo
mansamente, en los espacios.
Los mundos no estaban quietos.
Giraban como soñando: 10
tarareaban muy quedo
su casi inaudible canto.
Y mientras así giraban,
el rebaño de los astros,
pestañeaba soñoliento 15
con diamantes en los párpados.

Al primer rayo del alba
hubo inquietud aquí abajo:
¿fue que ya de la montaña
bajaban los plateados? 20

-40-

No. No eran los que venían
zorros, ni ciervos ni gamos.
Eran... ¿Quién iba a creerlo?
eran dos seres alados
sin alas, pero que vuelan 25
como flechas de sus arcos,
como esos trazos de fuego
punzante que son sus dardos.

Eran dos vírgenes rubias
y de un color de alabastro, 30
desnudo el pecho y desnudos

sus firmes, temidos brazos,
y echando luz todo el cuerpo
con reflejos nacarados.

Me vieron junto al rosal 35
próximo al linde del patio,
Y yo las vi de repente:
-¡Diosas! -grité estupefacto.
Me pareció, vanidoso,
que ellas también se asustaron. 40
¡Iluso! Las fieras vírgenes
sonrieron con sarcasmo:
-¿Qué quiere usted con los zorros?-
dijeron y se marcharon.

Enero, 1996.

-41-

Mañanas de la llanura, mañanas de la montaña

A Beatriz Eugenia

Las mañanas de mi pueblo
eran plácidas mañanas,
no como estas imponentes
mañanas de la montaña.

Las mañanas de mi pueblo 5
-cielo azul y nubes blancas-
no eran mañanas solemnes
para telones de dramas.

Las mañanas de mi pueblo
eran modestas y mansas, 10
con su llanura muy verde
y cerros en lontananza.
Las mañanas de mi pueblo
tenían algo de santas:
rezaban con un susurro 15
si repicaban campanas.

Nunca había allá coyotes,
garduñas ni musarañas,
ni feroces animales
ni apariciones paganas. 20

-42-

Aquí hay duendes y hay visiones
que temen las mismas águilas.
Y cuando rondan los duendes
vuelan de espanto las garzas,

enmudecen las palomas 25
con las alas congeladas.
Pero aquí también, a veces,
hay gloriosas madrugadas,

cuando zorros plateados
de empinadas cumbres bajan, 30
uno tras otro, muy próximos,
hocicos y colas largas,
y apenas tocando el suelo
el peluche de sus patas...

1965.

-43-

Amores en la montaña

Una fuente habitaban
de rumorosas linfas:
altos chorros de plata,
incesante armonía.

No lejos de la fuente 5
una caverna umbría
servía de refugio
a ambas mozas divinas
cuando el zigzag del rayo
la montaña encendía. 10

Su amoroso estertor,
sus jadeos de ninfa
suspendían a cuantos
al alba las oían:
a aves, ciervos y fieras 15
y hasta a traidoras víboras.

Aquellas dos deidades
ardientes y mellizas,
eran en la montaña
un deslumbrante enigma. 20

-44-

Las visitaban siempre
pero nunca de día,
un par de extraños seres
que vivían dos vidas:

cabeza y torso de hombre 25
con gravedad erguían:
lo demás era equino,
recia caballería.

Los brazos de las diosas
el tórax les ceñían, 30
y los hombres-caballos
piafaban de delicia.

Bajo la luna llena
causaban maravilla
el galope relámpago 35
de corceles sin brida
y las diosas desnudas
que llevaban encima...

1995.

-45-

Apostasía en la montaña

A Miguel

Ella, veinte años en flor
no era divina, era humana,
aunque inmortal parecía
si subía a la montaña.

La montaña bien sabía. 5
La montaña adivinaba
lo dichosa que era ella
en noches en que hasta el alba

ella miraba los astros
en las cumbres escarpadas, 10
cuando las lunas de estío
su perfil transfiguraban.

Muy negra su cabellera
para que fuera más blanca
la blancura de su cuerpo 15
en ella dos veces casta.

En vano en noches de luna
cuando ella se desnudaba
para bañarse en la fuente
que decían de Las Hadas, 20

-46-

en vano zorros y ciervos
en la sombra la espiaban:
nunca vieron los tesoros
que había visto la montaña.

Era hermosa sin saberlo 25
en su inocencia cristiana:
en roja Biblia de herejes
su misticismo exaltaba.

Pero un día esta inocente
volvióse -dicen- pagana. 30

Dicen que un duende en el bosque...
¿Un duende? Un duende con alas

le disparó una saeta
invisible por lo mágica.
Y esta saeta invisible 35
penetró su carne blanca

y entre dos pechos dulcísimos
le entró hasta el fondo del alma.
Transformada entonces, ella,
loca ya, desmemoriada, 40

ella, la tan inocente
y piadosa si no santa,
olvidó su religión
y Amor la volvió pagana.

1996.
-47-

La musa terrible

Protege su carne rosa
relumbrosa piel de fiera:
puma o jaguar que ella misma
hirió de muerte en la selva.

(Toda flecha que dispara 5
pone a sus pies una pieza).
Recelosa, nadie sabe
dónde ha elegido su cueva:

hay muchas en la montaña
pero ninguna es de ella. 10
Rara vez la ven sus ciervos
tendida sobre la hierba,

dormida, resplandeciente,
en el sopor de la siesta.

Revolotean palomas 15
sobre su rubia belleza:
palomas que la acompañan
y la sirven dondequiera.

-48-

Cuando más veloz que el viento,
llameante la cabellera, 20
tensado el arco de plata,
los fieros ojos alerta,

cruza el bosque donde tigres,
pumas y lince acechan,
todos huyen con espanto, 25
temiendo dardos o flechas
o el brillo de una mirada
que puede hacerlos de piedra.

Junio, 1995.

-49-

Las dos gigantas

J'euse a viure auprès d'une jeune géante...

Ch. Baudelaire.

Idénticas son las dos
y de estatura muy alta.
Rara vez se dejan ver
por gente de la montaña.

Y huyen si alguien las acecha 5
no se sabe si asustadas.
Pero ¿a quién pueden temer
si son un par de gigantas?

Se ponderan su hermosura
y su titánica gracia, 10

pero quienes las ponderan
jamás les vieron la cara

y mucho menos sus formas
entre divinas y humanas.
Se cree que son parientas 15
de la virgen Atalanta.

-50-

Con áureo nudo en la nuca
sus largos cabellos atan.
Por la selva sin caminos
andan, se dice, descalzas. 20
Pero tanto aquí se miente
entre las cumbres y escarpas,
que entre tantos vanos díceres
es mejor no creer nada.
«¡Amazonas, Amazonas!» 25
-un montañés las retrata-
«Son dos mujeres brutales
armadas de arcos y lanzas,
que gozan vertiendo sangre
y que con sangre se bañan». 30

Pura leyenda. Hoy sabemos
que ellas son en la montaña
las nodrizas de esos zorros
que lucen pieles de plata.

Julio, 1995.

- III -

Sobre quienes ya se han ido

El padre y el hijo: una instantánea

(Año 1924)

A Ramiro

El caballero y el adolescente
andando vienen por la angosta acera.

La calle es una calle silenciosa
de Villarrica, al promediar la siesta.

Hay umbríos follajes sobre un muro. 5
El sol de enero desde lo alto ciega.

Casonas centenarias
sostienen sus fachadas soñolientas

como cansadas ya de erguir los siglos.
En el pleno vigor de la existencia, 10

el caballero evoca con su aplomo
el recio señorío de otra época.

Sus botines brillantes pisan fuerte
las losas blancas; su robusta diestra

adelantada a su figura prócer, 15
oprime el ala del sombrero y lleva
-54-

la prenda alzada con soltura y garbo,
en ademán resuelto que a la prenda
confiere un no sé qué prestigio ufano,
cual si ésta fuese un arma o una enseña. 20

En su mirar impávido y austero
arde la voluntad de un alma ascética.

Su hijo el adolescente apura el paso.
Se sabe junto al padre un niño apenas

a quien, entre inhibido y orgulloso 25
la acera le parece aún más estrecha.

Esta fotografía es enigmática.
No sé qué extraña sugestión encierra.

Hay un contraste tal en las figuras,
como también una emoción secreta. 30

Sin dialogar dialogan padre e hijo:
el uno, sin hablar, guía y enseña:

el otro, sin mirar, siente la magia
del ejemplo y vigor de la presencia

del caballero. Y ambos, en silencio, 35
en recíproco amor se compenetran.

-55-

Muchos años pasaron desde entonces.
Cambió la vida de aquel viejo pueblo.

Esa casa hoy no existe, ni esa acera
ni esos umbrosos árboles, que han muerto. 40

Cambió también el mundo como siempre.
Lo único que perdura es el recuerdo

de aquel amado pueblo y de su gente,

gente que era el decoro de aquel tiempo.

Y un día, hoy ya remoto, muy anciano 45
y baldado, muriose el caballero.

Perdida el habla, opaca la mirada,
ruina en fin de sí mismo, era un espectro
que poco a poco en la casona triste,
desmemoriado, se nos fue extinguiendo. 50

El muchacho creció. Como su padre,
tan gran señor, fue su heredero auténtico.

La hoy larga trayectoria de sus años
refleja fiel, como vital espejo,

-56-

momentos de la vida de su padre: 55
se percibe en sus actos un modelo,

tal como en rostro y ademán y aire,
el padre muerto en él sigue viviendo

¿Aconteció quizás que en aquel día,
a media siesta en el callado pueblo, 60

tuviera él vislumbres de un destino,
del destino cabal de un caballero?

1983.

-57-

La larga espera

A María Teresa

Quiso ella verla, verla a treinta años
de la muerte. La madre nunca vista.

La que al darle la vida dio la suya
en una primavera remotísima.

Y fuese al panteón toda expectante 5
y temblorosa pero decidida.

Hombres oscuros con sus herramientas
tras mucho esfuerzo el ataúd abrían.

Y columbró primero bajo el vidrio
y luego sin el vidrio, blanca y nítida, 10

una apacible joven en reposo,
una joven hermosa, palidísima,

de anchos ojos cerrados como en sueños;
denso el cabello en torno a las mejillas,

blanco el vestido aquel del desposorio 15
y un Cristo blanco en manos casi niñas.
-58-

Estaba intacta. En los pequeños labios
se había eternizado una sonrisa

apenas perceptible. Era la novia
tan admirada en la fotografía 20

de las bodas cercanas a la muerte.
Era la novia tantas veces vista:

-Esa es mamá, mamá que está en el cielo-

le decían cuando era pequeñita.

Idéntica al retrato, incorruptible, 25
el vestido nupcial de tela fina

con pliegues relucientes. Sobre el pecho
el Cristo de marfil no se le hundía.

La madre joven en la caja negra
parecía esperarla, aunque dormida. 30

-59-

Abuelos victorianos

(Dos retratos al óleo)

A Nicolás

Están allí callados y abstraídos
en su visión lejana de otro mundo,

hombre y mujer, aún jóvenes -viejísimos-
en una eternidad sin tiempo que es su asilo.

Pero residen hoy y no lo saben 5
en una casa de desconocidos,

de insospechados nietos, allende el vasto espacio
del Atlántico. Aquí los dos perviven.

Y es que alguien, de muy lejos, hace años
de vidas y de muertes y catástrofes, 10

quiso que el polvo y el olvido turbios
no destruyeran esos viejos lienzos.

Él, sobrio y sosegado y victoriano,
tan victoriano como su pareja,

es como ella una imagen puritana 15
de a mediados del siglo diez y nueve.

Marcos dorados, cuerdas centenarias,
ya os espera el taller indiferente

-60-

de algún restaurador de cuadros viejos.
Pero señor, señora, estáis presentes 20

en vuestra dulce ausencia soñadora,

mirando este vivir incomprensible,
sobre un televisor que os estremece,

cerca del grito urgente del teléfono,
en otro mundo, y sonreís acaso 25

cuando mueren las luces cada noche,
y os sentís en la sombra acompañados.

Agosto, 1976.

-61-

Cuando los muertos no parecen muertos...

Cuando los muertos no parecen muertos
y se los oye en las habitaciones
contiguas de la casa
conversar y reír y estar a gusto
expresando comunes emociones, 5

y estar tan vivos como los que viven
y los recuerdan con angustia y pena;

Cuando cómodamente sentados en sillones
para ellos y nosotros, familiares,
los sentimos tan cerca, tan reales, 10
¿cómo creer que se nos hayan muerto
y que no gocen de la luz y el aire?

Enero, 1996.

-62-

Lo inalcanzable

Cuanto más exquisita la Princesa
es tanto más difícil ser su amante.

Amar su cuerpo, su mirar, su gracia,
es un duro ejercicio,
una aventura 5

en que el amante pierde rumbo y pierde
en un ofuscamiento, en un delirio

el dulce paraíso en que soñaba.
En un bosque de luces cegadoras
la ve el amante huir, entristecida, 10
con los ojos llorosos. Y él comprende

que ese bosque, esas luces y ese lloro
son la inmortal Belleza Inalcanzable.

Diciembre, 1985.

-63-

La visitante

Rápido el paso, la melena al viento,
los brazos extendidos, la mirada
brillante de impaciente sentimiento:
entreabiertos los labios, agitada,

comunicando a cada movimiento 5
el ansia de besar y ser besada,
de confundir su aliento con mi aliento,
en muy estrecho abrazo a mí abrazada...

Veinte gradas tenía la escalera:
ella subía y yo bajaba y era 10
cada encuentro un chocar de corazones.

¡Ningún amor como ese amor perdido
sobre un fondo de muertas ilusiones,
sin posible consuelo en el olvido!

Julio, 1989.

-64-

La durmiente

Más ágil era que un pájaro
viniendo como venía
en primavera, volando,
por la arbolada avenida.

Las duras gradas de piedra 5
con asombro la veían
subir en un torbellino
de leves faldas y risas
hasta los brazos que ansiosos
su grácil talle ceñían. 10

Se dijera que las alas
invisibles de su prisa,
se plegaran al sentir
presión de amor y delicia
en sus labios sin aliento, 15
en su espalda estremecida.

En el sofá, luego, hablaba,
hablaba mucho y reía,
con una luz fulgurante
en las pupilas verdísimas. 20

-65-

El silencio la calmaba
hasta dejarla dormida
de perfil, sobre la almohada,
las manos blancas unidas.

Al despertar suspiraba 25
con una tierna sonrisa
toda sorpresa y deleite
de sentirse tan tranquila.

Íbase, luego, gozosa,
ahíta de besos y ahíta 30
de miel, el cuerpo vibrante
por un millón de caricias.

Dejaba una flor brillando
sobre la mesa amarilla,
y un rumor como de alas 35
en la casa atardecida.

12 de marzo, 20 de mayo, 1979.

-[66]- -[67]-

- IV -

Último amor y otros amores

-[68]- -69-

Último amor

¡Cómo se va mi corazón al tuyo
y cómo es imposible retenerlo!

¡Último amor se llama esta locura,
último amor, más dulce que el primero!

Yo te conozco pero desconozco 5
aún mucho más de lo que en ti sospecho;
¡tan remota y tan próxima, muchacha
transparente, velada de misterio,

irradiante de gracia y cortesía!
Corazón: no delires, ya estás viejo. 10
último amor se llama tu locura,
último amor, más dulce que el primero.

-70-

La rosa escarlata

La rosa llegó en la tarde
que ya estaba anochecida:
con ella vino un mensaje
y el mensaje contenía
un mundo de fantasía. 5

La rosa roja de vida
ni un punto languidecía.
Creció en rojez y fragancia
en perfecta lozanía
y eterna me parecía 10
y más rosa cada día.
Llegué a soñar con la rosa
y, apenas amanecía,
corría a ver si algún pétalo
desmayaba y se moría. 15

Pero cada día más
triunfaba su lozanía,
¡y ahora el viejo corazón
orgullosa florecía!

-71-

¿Sabrá quien envió la rosa 20
que me envió la Poesía?
¿Sabrá que un ángel sonrío
cuando, en secreto, la cuida?

-72-

A una mujer muy blanca

Sospecho que los hombres que te amaron
y cuyo amor te sueña todavía,
se enamoraron de tu voz sedante,
amiga mía.

Y si tu voz no ha sido lo que un día 5
sintieron les llegaba al corazón,
se enamoraron de tu fantasía,
se enamoraron de tu dulce risa
y de tu pura y cálida alegría.

Pero si yo llegara a enamorarme, 10
sería por tus senos redonditos,
-tibias, suaves naranjitas blancas-;

sería por tus manos diminutas,
tan blancas en su gracia,

tan ágiles y tiernas, 15
que en ellas ha de residir tu alma

y desde ellas dejar sobre las cosas
un rayito de luz que no se apaga.

1983, 1995.

-73-

Tanto gentile e tanto onesta...

¡Oh modestia gentil de su figura!
¡Oh verde luz de su mirar sereno!
¡Oh paz del corazón cuya dulzura
al atrevido amor ponía freno!

¡Aquel ser candoroso, casto y bueno, 5
raro por su inocencia y su hermosura,
tan ajeno al doblez y a la amargura,
y a la humana bajeza tan ajeno!

¡Aquel talle flexible, aquellos pechos
para los besos temerosos hechos, 10
temerosos de herir por lo ardorosos,

y aquel solaz del corazón florido!
¡Todo debo olvidar días gloriosos,
todo debo olvidar pero no olvido!

Febrero, 1988.

-74-

El fuego

Nadie ha de sospechar cuánto la extraño
y trato de apartarla de mi mente.
Pero han pasado un año y otro año
y muchos más y no la siento ausente.

Tras tanto repetido desengaño 5
sólo ella es la gentil y la inocente
que a mí, el autor de su inquerido daño,
jamás inculpa su sentir doliente.

Hay en los dos un fuego que no quema,
el fuego del tristísimo poema 10
en que urdimos los dos nuestros amores.

Un fuego que los dos secretamente
llevamos día a día entre la gente
velando sus prohibidos resplandores...

1988.

1996.

-75-

Sueños

La hermosa niña soñaba
con el Diablo; pero el Diablo
que por milagro dormía,
también la estaba soñando.

A la mañana siguiente 5
contó la niña su sueño.
Unos ángeles de blanco
atentamente la oyeron.

Quedáronse cavilosos
junto a la verja del cielo. 10
Y de pronto se miraron:
-El Malo es bueno, dijeron-.

Agosto, 1979.

-76-

Majita desnuda

-Te entregas cual la muerte-
¡Tierna azucena eras!
¡Desnuda!

Juan Ramón Jiménez.

Eran las dos de la tarde

en la casa de la altura. 5
Y en la cama, la Majita,
estaba tensa, desnuda.

Blanco, muy blanco su cuerpo,
de la más casta blancura.
Las dos manos virginales 10
unidas bajo la nuca.

No imitó el cuadro de Goya:
su actitud fue toda suya.
Más delgada que la Maja,
más púdica su hermosura. 15

Erguidos los tiernos pechos
con sus dos rosadas puntas.
Cerrados los ojos verdes,
y las suaves piernas, juntas.

-77-

Temblaba la piel dulcísima 20
de esta Majita desnuda:
temblaban sus finos labios,
temblaban sus comisuras.

¿Cómo ocurrió esto tras tanta
y vana amorosa lucha? 25
¿Cómo explicar esta entrega
tan libre en mujer tan pura?

El sinsonte aquella siesta,
más inspirado que nunca,
desde una rama del pino 30
vertió oleadas de música.

Y en los taludes las flores,
las raras flores diurnas,
de noche no se cerraron
y se bañaron de luna. 35

Mayo, 1995.

- V -

Un pueblo y otros pueblos

Lázaro Montiel regresa al pueblo

Un pueblo de Misiones limpio y blanco
como otros pueblos de esas pampas verdes.
Este pueblo tenía un camposanto,
el más santo de toda la comarca.

Y aconteció que un día, a mediodía, 5
un hombre recio y fuerte,
salió de la más blanca de las tumbas,
y arengó a aquella gente silenciosa:

«-Señoras y señores:
¿Por qué estamos aquí tantas personas útiles, 10
aunque dormidas en profundo sueño?
¡Levántense, sacúdanse, despiértense,
péinense con los dedos el cabello,
y volvamos sin miedo a nuestras casas!».

Se levantaron todos 15
alegres, sin esfuerzo.

-82-

Cuando llegaron ágilmente al pueblo,
nadie en el pueblo se extrañó de verlos.

Al hombre recio fuerte
honraron todos como a Juez de Paz. 20

Y la paz más feliz reinó en el pueblo.
Del cementerio hicieron un jardín
con una rosalera cuyas rosas
dicen que nunca se marchitan.
La Muerte entonces se marchó muy lejos, 25
hacia el confín de la llanura inmensa,
y se olvidó de los resucitados.

Abril, 1991.

-83-

Dijo el Juez de Paz Lázaro Montiel

«Queridos compueblanos:
gracias por la adhesión, por el apoyo
que, como a Juez de Paz, me brindan todos.

Yo, Lázaro Montiel,
me he podido escapar del cementerio 5
y despertar del sueño a mucha gente.

Hoy les propongo yo un experimento:
declaremos un paro general
tocante a la vejez,
la enfermedad, la muerte. 10
¡Sencillamente seamos inmortales!

Todo niño varón que nazca en nuestro pueblo,
debe llamarse Lázaro como este servidor.
Yo di el ejemplo.
Lo que propongo no es cosa imposible. 15
Mírenme bien. ¿No estoy mejor que nunca?».

El pueblo todo, unido en asamblea
aclamó al Juez de Paz.

-84-

Y el pueblo prosperó sano y dichoso.

El Paro General obró milagros. 20
Y nadie se enfermaba ni moría.

Aconteció, no obstante,
que por envidia o por superstición,
los otros pueblos le tuvieron miedo.

«Ese pueblo de Lázaro -decían- 25
cree ser inmortal pero se engaña.
Del cementerio hicieron un jardín.
Pero esos vivos sanos y orgullosos
no son de carne y hueso: son fantasmas».

Marginaron al pueblo. Lo evitaron. 30
El pueblo sonrió: «-Mejor -se dijo-;
nosotros somos únicos, felices.
¿Qué nos importa lo que piense el mundo?»

Abril, 1991.

-85-

El pueblo

Lo sueño, lo entresueño, lo persigo.
Para su acceso no hay más que el recuerdo.

Faltan los ojos puros, la inocencia.
Faltan los pies pequeños.

La calle larga, de calzada roja, 5
de la casa dormida en el silencio,

está en aquel lugar, acaso idéntica,
bajo idéntico cielo.

La que entreveo no es la misma calle
y se esfumina y se me pierde, lejos. 10

La casa del zaguán siempre cerrado
y oscuro de misterio;

la casa de la parra prodigiosa
de racimos que asedian los insectos

no existe ya. Lo sé. Ya es otra casa. 15
Ha cambiado de dueños:

-86-

La habitan hoy ancianas como brujas
horribles de vejez y de ojos ciegos.

Acaso el pueblo es pura fantasía.
O un pueblo en que conozco a los espectros, 20

pero en el que los vivos son extraños
que nunca conocieron a mis muertos.

Pero lo sueño siempre, lo persigo,
y si jamás lo encuentro y recupero

para mirarlo, allí palpable y vivo 25
como se ven, palpables, otros pueblos,

es porque es invisible, por llevarlo
adentro, adentro, demasiado adentro.

Abril 3, 1974.

-87-

Areguá

(A Gabriel Casaccia, que duerme el sueño eterno en Areguá)

La calle principal (como la sueña
el novelista acerbo), a media siesta:

Su largo y ancho ámbito respira,
pueblerina, apacible mansedumbre;

una humildad que sabe ser amable, 5
amable y dulce en su sosiego cálido.

La calle principal sube a la loma
y se detiene ante la iglesia blanca,

y baja lentamente de la loma
hasta llegar al lago: allí difunde 10

el son de las campanas que ha escuchado
y lleva luego a lo alto un son de aguas.

Hagamos alto en esta calle sola:
A la derecha vemos una acera

-que se diría nunca transitada- 15
y una verja de hierro. Detrás de ella

-88-

un espacioso corredor callado.
Es la fachada de una gran casona:

una vivienda en que no vive nadie,
en que no vive nadie sino el sueño 20

de otro tiempo mejor: una nostalgia
de antiguos días prósperos, de mozas

vestidas de percal y muselina,
que los domingos iban a la iglesia
-la iglesia de la loma- ¡tan gentiles!, 25

tocadas de mantilla o tul diáfano,
bajo cuyo misterio sus miradas

ardían en relámpagos esquivos
ante la admiración de los varones.

Ha tiempo que se fueron esas mozas 30
y ni sus hijas ni sus nietas nunca

vienen al pueblo tan feliz otrora;
nadie entra en estas casas señoriales

sumidas en un sueño melancólico.

Cerradas puertas y ventanas, mudas, 35
-89-
todas las casas saben un lenguaje

que comprenden los árboles, los pájaros
y el mismo cielo azul, que está tan alto:

preguntan, se preguntan si habrá alguien
que regrese, que ore las alcobas, 40

que traiga del jardín abandonado
un ramo de claveles o de rosas,

que hoy, en arriates que no cuida nadie,
piadosamente abren sus corolas.

En esta calle, árboles muy viejos, 45
pintados a la cal sus rudos troncos,

dialogan en diálogo secreto

con la brisa viajera. Se resignan

a estar allí evocando días muertos
y esperando, esperando que la vida 50

que fue en el pueblo música y amores
de juventud gozosa ya abolida,

vuelva a traer su ruido y resucite
todo el ardor que se ha llevado el viento.

-90-

El final de la calle es invisible: 55
el resol esfumina la distancia.

En los patios guardados por las verjas
que inútilmente yerguen lanzas negras,

los mangos de follaje verde oscuro
y tan tupido que ni el sol ni lluvias 60

pueden filtrarse entre el verdor compacto:
los mangos dicen un adiós callado

a sus frutos dulcísimos que caen
en madurez ya próxima a la muerte
y dorados, se pudren en la tierra. 65

-91-

La casa del cielo

¡Casa de Villarrica simple y fresca
como un antiguo cántaro de arcilla!

¡Casa de Villarrica hoy ya fantasma,
en que alojé delicias de mi infancia!

¡Casa de Villarrica en que persigo 5
atisbos de unas piezas silenciosas

como aquel dormitorio donde el sueño
se posaba en mis párpados de niño

tal como una dorada mariposa
y aleteando sobre mí, muy dulce 10

infundíame imágenes, visiones,
que a veces hoy en la vigilia encienden
relámpagos de cándidos reflejos!

¡Antigua casa de mi antigua dicha
que en vano ansío recobrar, andando 15

por otros cuartos como aquellos cuartos
que algo me dicen de mis viejos sueños!

-92-

¡Casa de Villarrica, de altos patios,
eres perdido cielo que quisiera
fuese el eterno cielo del mañana! 20

Febrero 28, 1988.

-93-

Génesis del poema

(A María Teresa)

¡Los estímulos son tan misteriosos
en el alumbramiento del poema!

Vemos un muro blanco, por ejemplo;
el muro bajo el sol relampaguea.

Es sábado. Hay reposo y hay silencio. 5
El relámpago blanco nos recuerda

quién sabe qué solar deslumbramiento
ante la hondura de la azul esfera.

Y ya sabemos que recuperamos
una intuición del Ser que se renueva. 10

Y entonces nos sentimos más ligeros,
como impelidos por febril urgencia:

hay algo que decir y hacerlo canto,
y de un ardor de sol surge el poema.

El muro blanco, nada más; un sábado, 15
un resplandor oscuro que nos ciega

pero que en una zona del espíritu
¡una anhelosa música despierta!

Julio 12, 1986.

-94-

Alquimia del verso

(A Neida Mendonça)

Mi verso, servidor de mi albedrío,
me devuelve mañanas abolidas

y muy lejanas siestas de mis juegos
en que fui más que yo en mis alegrías.

Lo que fui, lo que quise, lo soñado, 5
son un soy y un querer en llama viva.

Si se ha apagado el fuego, lo reenciende
quemándome las manos y mejillas.

Y así me encuentro con que soy los seres
que se desperdigaron por la vida. 10

El presente, el pasado, transfundidos
modulan una sola melodía.

Mi ayer, mi hoy y hasta el mañana incierto
unidos forman una serie íntima.

Julio 9, 1986.

-95-

Mes de junio en California

¡Esto de estar en ti, en tus treinta días
atenido al sinsonte,

con los ojos colgantes
del eucalipto alado!

¡Esto 5
de flotar en el aire
voluptuoso,
de oler la tierra que tu aliento orea!

¡Mes del calor amable y cielo índigo,
mes del sol con almíbar, 10
mes del más hondo amor a lo creado!

¡Oh Junio, Junio amigo,
qué exaltación me dan tus días fugitivos
hechos de muchedumbres
de besos y de silbos! 15

¡Esto es, Junio,
la dicha:
la dicha humana, breve, entre tus límites,
Junio feliz que vives y que mueres
palpitando en mi sangre, 20
como el canto del pájaro que es eco
de cantos infinitos sobre el mundo!

Junio, 1972.

-96-

Primer recuerdo

(1919)

Primero fue la lluvia.
Fue lo primero, la ilusión primera.
Vi una puerta entreabierta
que daba a un patio
Vi sobre baldosas 5
crearse y deshacerse
copas brillantes, sin ruido.

Vi las mojadas plantas,
vi el paredón mojado,
vi el viento impetuoso 10
que aplastaba
las copas instantáneas sobre el piso.

Vi contra el cielo oscuro
un tremolar de sábanas de fuego.

Vi el agua, el agua interminable 15
sobre los vahos del verano.

Vi, dentro, luz eléctrica:
vi unas figuras vagas
mirar la lluvia.

-97-

Yo, tras cristales húmedos, 20
estaba, en brazos fuertes, mudo y tibio.

Afuera, la frescura
y la cristalería renovada
sobre el piso.
Y el viento rápido 25
que iba y volvía impetuoso...

Fue la ilusión primera.
Fue el principio del mundo.

1962.

-98-

El pueblo y su arroyo

(Piribebuy)

A Carlos Villagra Marsal

Lo cruza de arriba abajo
un arroyo transparente:
un arroyo que va lejos
y que de muy lejos viene;

un arroyo en que desafían 5

cardúmenes diferentes,
unos de peces comunes
y otros de muy raros peces.

¡Ah, los eucaliptos blancos
que como atletas se yerguen 10
a lo largo del camino
que desde el pueblo desciende!

El pueblo antiguo y callado,
de calles todas de césped,
sombreado de mil árboles 15
es casi del todo verde.
Pero bajo el cielo azul
que verde, a veces parece,
las casas de muros blancos
bermejos tejados tienen. 20

-99-

A la iglesia austera y firme,
heroica historia embellece:
tronó el cañón contra ella;
y aún hoy día pueden verse
cicatrices que dejaron 25
granadas rojas de muerte.

¡Pero qué pueblo tranquilo
el que este arroyo fulgente
atraviesa susurrante,
y luego desaparece 30
para emerger victorioso
tras galope subterráneo
por soledades agrestes!

Hay una casa en el pueblo
mercidamente célebre 35
donde todos los domingos
bien se come y bien se bebe.

Los que visitan el pueblo
acuden siempre a este albergue,
y allí le toman el pulso 40
feliz, al pueblo y su gente.

Julio, 1995.

-100-

Berro de Areguá

A Gilda

El berro que flotaba, que crecía,
que fulgía muy verde en aguas tímidas;

el berro era una magia de las vías
del tren, en Areguá, mi patria antigua.

Venía el tren y en Areguá abrevaba 5
el agua de su máquina sedienta;
y el agua que sobraba, que caía
entre una y otra vía,

daba vida a las hojas, a los tiernos
y picantes pecíolos del berro. 10

Y el berro era tan berro a los reflejos
del Padre Sol de mi Areguá ya mítica,

que yo creía que su nombre era
una deformación color muy tierno

de la palabra beso, en que la ese 15
de puro verde se volvía erre.

6 de enero, 1984.

-101-

La reina de Villa Rica

La Reina de Villa Rica
mira con ojos muy negros
sobre los que le fulguran
oro puro, sus cabellos.

La Reina de Villa Rica 5
es de andares tan angélicos,
que parece descendida
este minuto, del cielo.

La Reina de Villa Rica
es virgen toda misterio: 10
a su paso cadencioso,
-que va imponiendo silencio-
la gente baja los ojos
y queda como en suspenso:
nadie se atreve a mirarla 15
para leerle el pensamiento.

Dorada nieve sus manos
de largos, de finos dedos,
sueñan tañer una música
que ella entreoye en los sueños. 20

-102-

Siempre está como de paso
por este mundo imperfecto,
atenta a voces profundas
que le hablan de muy lejos.

La Reina de Villa Rica 25
inaccesible en su Reino,
cuando siente que la llaman
entorna los ojos negros:
y entonces le resplandecen
aún más oro, los cabellos. 30

- VI -

Poemas de Asunción

Despertar en primavera

A Gisela

Entran, primaverales, mil reflejos
de unas luces verdísimas del patio,
hasta los vidrios que, aquí dentro,
recubren los retratos.

En la muda penumbra de la sala 5
los retratos hundíanse en sus sueños:
soñaban con sus vidas terminadas
como sueñan los muertos.

El fulgar del patio los despierta,
y ellos -abuelos, padres, tíos- 10
vuelven a estar alerta.

-106-

En agosto de mil novecientos...

A Marganta Prieto Yegros

Brilla la aurora ya en el cielo oscuro
y se oye en el silencio el canto de oro

de un gallo, de diez gallos, de mil gallos.
Asunción amanece poco a poco.

Si no cantaran gallos, tantos gallos, 5
seguiría durmiendo.
(Este 15 de agosto,

15 de agosto del flamante siglo
cumple Asunción un nuevo aniversario

desde que la fundó don Juan de Salazar).
Pero Asunción está desmemoriada. 10

Los siglos que ha vivido se le olvidan.
Lo que en ella era antiguo, lo más viejo.

-El Fuerte, el templo, las humildes casas
de los conquistadores y sus mujeres indias-

-107-

las lluvias torrenciales socavaron 15
y bajo las tormentas sucumbieron.

Lo único que Asunción no olvida nunca
y evoca día a día, melancólica.

es el dolor atónito del éxodo
de ancianos, de mujeres y de niños 20

que la dejaron silenciosa, muda,
como una aldea muerta, junto al río.

-108-

Crepúsculos de antaño

A Soledad

Calles calladas de Asunción de antaño
por donde rara vez pasaban coches.

Calles tan silenciosas como calles
aldeanas, de viejos caserones.

Hacia el oscurecer, en un silencio 5
que se hacía más grave con la noche,

caía la ciudad en trance místico
bajo un cielo de rojos resplandores.

Cantaban las cigarras y sus cánticos 5
eran en el silencio desgarrones 10

en el cristal del aire atardecido.
¡Torva melancolía en los balcones

a los que se asomaban suspirantes,
esperando el amor, muchachas jóvenes!

De vez en cuando un carro de altas ruedas 15
y mulas cabizbajas, lastimadas,

-109-

pasaba, y el carrero, hombre de látigo
y chiripá, las riendas agitaba.

Ya la lenta agonía del crepúsculo
se disolvía en sombras azuladas. 20

Y entonces terminaba la tristeza.
Volvían al silencio las cigarras.

Luces municipales se encendían
y arriba, el cielo todo se enjuyaba.

Mayo 6, 1985.

-110-

Asunción, 1908

El Oratorio, sin revoque entonces,
la lluvia de septiembre ha vuelto rojo.

Ciudad toda de casas coloniales
ha visto levantarse este Oratorio

por sobre la chatura de los techos 5
para que fuera un corazón sonoro

de campanas loadoras de la Virgen.
Pero el templo quedó inconcluso y solo

y vacío y sombrío sin su Dueña.
Ahora la lluvia ha enrojecido el domo 10

y enverdecido en él los jaramagos.
Las calles este día son arroyos

cuyas aguas caminan hacia el río
sobre anchas piedras y con pies de lodo.

¿Qué pasa en el Palacio del Gobierno 15
en esta tarde gris del año Ocho?

-111-

¿Conspiran los cuarteles? ¿Hay alarma?
¿Dormita la ambición y duerme el odio?
¡Hoy sueña la ciudad bajo la lluvia!
Al crepúsculo escampa. Un cielo de oro 20
se va haciendo turquí. Sube la luna
por el cielo estrellado, suntuoso.

Octubre 30, 1985.

El triciclo en el patio

A Cecilia

El año es el año mil
novecientos veinticinco.
La casa una casa de
la calle llamada Wilson

Por el patio de esta casa 5
anda veloz un triciclo,
entre perlas y corales,
entre diamelas y lirios.

A un lado limita al patio
un murallón de ladrillo. 10
Al otro lado se ven
habitaciones: son cinco.

Mi cuarto es el cuarto verde.
Mi cama bronce amarillo.
(Los hermanos somos cuatro. 15
Me tocó ser el más chico).

Sobre el patio, angosto, el cielo,
es muy azul y benigno.
Es un cielo recortado
como al tajo de un cuchillo. 20

¡Qué diamelas, qué jazmines,
florecen en este abismo!
(Si es visto desde un terrado
el patio parece hondísimo).

Al atardecer se escucha 25
un concierto en que mil grillos

y cien cigarras compiten
en aturdir los oídos.

Anochece. Yo conduzco
entre plantas mi triciclo. 30
El patio huele a jazmín,
huele a diamelas y lirios.

(El año es el año mil
novecientos veinticinco.
La casa una casa de 35
la calle llamada Wilson).

Mayo, 1995.
-114-

Verso a verso el pasado y el presente

¡Ay, si pudiera recobrar mi nido!
tras la tormenta el pájaro gemía.
Y yo, tras tanta ruina y tanto olvido
de igual manera me lamentaría.

A la memoria ciega en vano pido 5
una clara visión de lo que había
en el barrio y el pueblo en que vivía
en delicioso ámbito hoy perdido.

En vano espero un luminoso sueño
para en él recobrar lo que me empeño 10
en dar color en un poema mío:

el poema más mío y más urgente,
y así poder unir a mi albedrío
verso a verso el pasado y el presente.

Junio, 1989.
-115-

La lluvia y el lago

Mansa es la lluvia. Las calles
de tierno césped y charcos
tienen senderos en marcha
convertidos en regatos.

Senderos de roja tierra 5
y minúsculos guijarros
ahora van corriendo, frescos,
ansiosos de huir al campo.

El pueblo se ha adormecido
sumido en arroyo plácido: 10
los senderos aprovechan
para escapar desbandados.

Unos huyen hacia el monte,
otros corren hacia el lago,
y otros van hacia la plaza 15
rumbeando cuesta abajo.
¿Golondrinas? Hoy no vuelan.
Están quietas en lo alto
posadas en negros cables

-116-

que cruzan un ancho espacio. 20
¡Ah golondrinas! ¡Quién sabe
qué sueños están soñando!
Nosotros que somos chicos
-hace de esto muchos años-

marchamos bajo esta lluvia 25
de inolvidable verano.
¡Cómo olvidar aquel día
bajo un cielo azul y blanco!

Somos cuatro. Delantero
marcha el mayor de los cuatro. 30
Cuatro hermanos. Tres han muerto
y el menor de pelo cano,
hoy marcha bajo la misma,

la misma lluvia de antaño.
Marcha con pies aún pequeños 35
y se aproxima al barranco.

Abajo la playa suena
entre macizos peñascos.
El oleaje Incesante
murmura augurios del lago. 40

Julio, 1995.

-117-

El tajamar del parque

Entra la tarde en la noche
y el tajamar se ennegrece.
Tristes sauces sobre el agua
sollozan calladamente.

Un ronco croar de ranas 5
todo el paisaje estremece.
El cielo de oscuras nubes
tiene presagios de muerte.

Un muro resbaladizo
cubierto de musgo verde, 10
represa el agua profunda
que ningún hálito mueve.

El muro cierra un extremo
del tajamar. Agua aleve.
Traicionera en su apacible 15
masa líquida sin peces.

Ese muro que separa
un césped del otro césped,
es frecuentado, de noche,
por negros trasgos, por duendes. 20

-118-

Yo lo sé. Pero me atrevo
a pasar por ese puente.
Y yo resbalo y me caigo
y el agua me hunde y sumerge.

Y me traga. No hago fondo. 25
Me deja asomar tres veces,
pero yo ya estoy perdido
y ya me ahogo. Es la muerte.

¿Quién con manos poderosas
me arrebató de repente 30
e iza mi cuerpo a la orilla,
mi cuerpo ya casi inerte?

No lo sé. Pero alguien, mudo,
sin adiós, desaparece.
Yo en tanto vuelvo a la vida 35
tiritando sobre el césped.

El parque, lleno de noche,
es noche llena de duendes.
De esto hoy hace muchos años
y mis años eran siete. 40

Mayo, 1995.

-119-

Iglesia y plaza de San Roque

(1930)

A Montserrat

Esta plaza tiene iglesia
y su iglesia tiene plaza.

En el barrio silencioso,
silenciosas se acompañan.

En armonioso concierto, 5
la una verde, la otra blanca,
son destinos diferentes:
la una es baja, la otra es alta,

pero de alguna manera
son las dos buenas hermanas: 10
la plaza la necesita
porque la iglesia la ampara;

la iglesia la necesita,
según dicen las campanas...
La plaza no tiene césped, 15
sólo tierra apisonada;
pero sus árboles lucen
un verdor, una elegancia,
que hacen de ella paraíso
de palomas y calandrias. 20

-120-

Abundan las flores de oro
y las flores escarlata,
en árboles que celebran
primaveras embriagadas.
La iglesia tiene un San Roque, 25
un santo de hermosa talla,
con su perro que lo cuida
y que gruñe, aunque no ladra.

El escudo nacional
decora la alta fachada 30
con su león melencudo
entre la oliva y la palma.

De arriba, del campanario,
caen graves campanadas
que, como frutas de música 35
se refugian en las ramas.

Allí se quedan muy quietas,

redondas, pulimentadas,
hasta que el Viento del Sur
zumbando las arrebató: 40
el Viento del Sur las roba
creyendo que son manzanas.

Mayo, 1995.

-121-

El árbol de oro

A Marina

En el centro del patio cavé un hoyo
que al césped hurta un círculo bien hondo.
Y allí planté yo un árbol de hojas de oro
y tronco de oro y flores de oro y sombra

de oro, y ésta más áurea que su tronco. 5
Es el árbol la cosa

más melodiosa y más maravillosa:
me hizo un jardín de un patio indiferente.

Y aún hoy magnánimo, me dora
con radiante fulgor la casa toda. 10

Le di al árbol el nombre de Marina
una noche de abril en que fulgía

como un ascua. Gustole al árbol de oro
este nombre tan dulce y tan sonoro
de verde mar y de olas rumorosas: 15

-122-

Y por eso ha silbado desde entonces
apenas brilla el alba:

me silba una dorada melodía
que sólo cesa cuando es blanco el día.

Abril, 1988.

-123-

San Roque en la iglesia de San Roque

(Saint Rochefut découvert par un chien...)

I

San Roque junto a su perro
tiene en la diestra un cayado.
Seis siglos hace que juntos
están el perro y el santo.

Cuando entra gente en la iglesia 5
él cuida el lugar sagrado:
prohibido hablar en voz alta
prohibidos gestos profanos.

Dicen que si las muchachas
llevan vestido escotado, 10
San Roque frunce las cejas,
y el perro se pone bravo.

Nunca lo oyeron ladrar,
sólo gruñir al escándalo:
San Roque lo hace callar 15
con un toque de cayado.

II

Hoy es fiesta patronal.
Gran gentío llena el atrio.
Mujeres viejas y jóvenes
-124-
caminan hacia el sagrario. 20

De pronto una meretriz,
la que es Reina del Pecado,
cruza el umbral de la iglesia
toda vestida de blanco.

¡San Roque, cierra los ojos 25
o mira hacia el otro lado!
¡San Roque no la golpees,
San Roque no le hagas daño!

(Siete angelitos obscenos
que sin duda envía el Diablo, 30
forman cortejo invisible
hediendo a tufo malsano).

¿Qué hará San Roque? San Roque
con un silencioso rayo
fulmina a la meretriz 35
y su séquito satánico,
mientras el perro, en dos patas,
aúlla todo erizado.

Espantada huye la Reina
con un pecho en cada mano 40
y oliendo a azufre su séquito
huye detrás blasfemando.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

